

Los sueños son deseos del corazón;
las pesadillas, mi obsesión.

DEVIL'S NIGHT

Corrupt

PENELOPE
DOUGLAS

CROSS
BOOKS

DEVIL'S NIGHT

Corrupt

PENELOPE
DOUGLAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Corrupt*
© del texto: Penelope Douglas, 2015
Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC
con mediación de International Editors' Co.

© de la traducción: Mariona Gastó, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2023
ISBN: 978-84-08-27471-1
Depósito legal: B. 11.668-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Erika

«Seguro que no está aquí.»

Se llevaba a matar con su hermano, así que dudaba mucho que hubiera venido a su fiesta de despedida.

«No, seguro que no está aquí», me repetí.

Me arremangué las mangas del jersey fino que llevaba puesto y fui directa hacia la puerta de entrada de casa de los Crist. Atravesé el recibidor a toda prisa y me dirigí a la escalera.

De refilón vi que se me acercaba el mayordomo, pero no me detuve.

—¡Llega usted muy tarde, señorita Fane!

—Ya, ya lo sé.

—La señora Crist la estaba buscando —señaló.

Arqueeé las cejas, frené en seco y me di la vuelta.

—¿En serio? —le pregunté con sarcasmo.

Él, molesto por mi reacción, apretó los labios y luego respondió:

—Bueno, me dijo que la buscara yo.

Sonreí, me apoyé en la barandilla y le planté un beso en la frente.

—Pues ya he llegado —evidenció—. Ahora ya puede volver a centrarse en sus tareas, las de verdad.

Me di la vuelta y subí la escalera. Los invitados disfrutaban de la fiesta en la terraza y, desde dentro, la música se oía lejana.

Sinceramente, que Delia Crist —la mejor amiga de mi madre y matriarca de Thunder Bay, nuestra pequeña comunidad de la Costa Este— destinara su preciado tiempo a buscarme en persona me parecía cuando menos inverosímil.

—¡Le he dejado el vestido en la cama! —gritó el mayordomo desde abajo justo en el momento en que pegué esquinazo.

Suspiré pesadamente y eché a andar, decidida aunque no de muy buen humor, por el sombrío pasillo.

—Gracias, Edward —mascullé entre dientes.

No necesitaba un vestido nuevo: ya tenía muchos que solo me había puesto una vez. Además, tenía diecinueve años y era perfectamente capaz de elegir qué ponerme. Total, él no iba a estar allí para verme y, aunque estuviera, ni me miraría.

Da igual. Debería de estar agradecida; al fin y al cabo, la señora Crist había pensado en mí y se había asegurado de que tuviese un vestido nuevo para la fiesta. Era un gesto bonito.

Se me había pegado un poco de arena a las piernas y los pies. Me palpé los bajos de los *shorts* vaqueros para ver si me había mojado mucho mientras paseaba por la playa y me planteé la opción de darme una ducha, pero ya llegaba suficientemente tarde. Ale, daba igual.

Entré en mi cuarto (el que los Crist me dejaban cuando me quedaba a dormir en su casa) y empecé a desnudarme inmediatamente. Encima de la cama había un vestido blanco de cóctel muy sexi. Me quedaba como un guante, aunque de poco servían los finísimos tirantes que se suponía que tenían que sujetarme bien el pecho. De todos modos, me quedaba perfecto y me hacía más morena de lo que ya estaba. Quizá no estaba tan mal que la señora Crist hubiese escogido la ropa: ella tenía un gusto exquisito y yo había estado tan ajetreada con los pre-

parativos para empezar las clases al día siguiente que no había tenido ni tiempo de pensar qué ponerme.

Me metí en el baño, me quité la arena, me peiné mi rubia cabellera y me puse un poco de brillo de labios. Volví a la habitación en un santiamén, cogí los tacones con tiras de color marrón que había al lado del vestido y regresé abajo a toda prisa.

«Solo quedan doce horas.»

Volví a cruzar el vestíbulo y corrí hacia la parte trasera de la casa de la señora Crist. El corazón me latía cada vez con más fuerza. Al día siguiente a esta hora estaría completamente sola, sin mi madre, sin la señora Crist y sin ningún recuerdo en absoluto.

Y lo que es más importante: ya no tendría que preocuparme, plantearme o fantasear con la idea de verlo. No volvería a sentir esa mezcla de euforia y agonía que se apoderaba de mí cada vez que me lo encontraba en alguna parte. Nunca más. A partir de ahora podría bailar con los brazos abiertos sin miedo a chocar con alguien a quien conociera. Y, aunque pensarlo me despertaba una sensación que no sabía identificar, sabía que estaba preparada.

Estaba preparada para irme y dejarlo todo atrás. Al menos, durante un tiempo.

Giré a la derecha, pasé por delante de las parrillas (una que utilizaban a diario y otra que había traído la empresa de *catering*) y me dirigí hacia el solárium que había al lado de esa enorme casa. Abrí ambas puertas y entré en la inmensa caseta de jardín con techo y paredes de cristal y el suelo de baldosas de cerámica. Allí hacía mucho más calor y se respiraba un aire mucho más pesado y húmedo; el vestido se me empezó a pegar de inmediato.

La caseta de jardín estaba rodeada de árboles que se erguían, solemnes, por encima del techo de cristal, a través del

cual se colaba la luz de la luna. Seguí a oscuras y tomé aire. Olía a palmeras, orquídeas, violetas, azucenas e hibiscos, igual que el armario de mi madre, con la mezcla de olores de las chaquetas y las bufandas que guardaba juntas en un mismo lugar.

Fui hacia la izquierda y me detuve justo delante de las puertas de cristal que daban a la terraza. Me calcé los tacones y miré hacia fuera.

«Solo doce horas.»

Me enderecé y me aparté el pelo a un lado para taparme el lado izquierdo del cuello. No me cabía ninguna duda de que, a diferencia de su hermano, Trevor estaría aquí, y a él no le gustaba verme la cicatriz.

—¿Señorita? —me llamó un camarero acercándose con una bandeja en la mano.

Sonreí y cogí uno de los vasos altos donde habían servido los Tom Collins.

—Gracias.

Esa bebida de color limonado era la favorita del señor y la señora Crist, por eso insistían tanto en que se sirviera en sus fiestas.

El camarero se perdió entre los demás asistentes, y yo, sin moverme de donde estaba, miré a mi alrededor. La cálida y suave brisa mecía las copas de los árboles, y todos los invitados lucían vestidos o trajes apropiados para ese tipo de fiesta.

Todos perfectos. Impecables.

Incluso los camareros iban uniformados con chalecos blancos. Habían decorado los árboles con guirnaldas de luces, habían adornado la piscina con velas que resplandecían al flotar por la nítida agua cristalina, y las joyas de las mujeres brillaban por doquier.

Habían cuidado hasta el más mínimo detalle. Sin embar-

go, esa gente adinerada que vestía con ropa de marca, gente con la que yo misma había crecido, me recordaba a la típica capa de pintura que uno le añade a la madera para intentar cubrir su estado de putrefacción: puede estar llena de hongos y ácaros, pero, si lo que queda a la vista es bonito, ¿a quién le importa lo demás?

El aire transportaba el olor a comida y la dulce melodía del cuarteto de cuerdas que estaba tocando. Pensé que quizá debería buscar a la señora Crist para decirle que ya había llegado, o a Trevor directamente; al fin y al cabo, la fiesta era en su honor.

Aun así, agarré el vaso con fuerza. Se me aceleró el pulso. Quería hacer otra cosa. Quería hacer lo mismo de siempre.

Ir a buscarlo.

Pero seguro que no había venido. Estaba bastante convencida de ello.

Aunque quizá me equivocara.

El corazón me empezó a latir con más fuerza y comencé a sentirme más acalorada. Fui paseando la vista por todas partes, sin poder remediarlo, para ver si encontraba a...

Michael.

Hacía meses que no lo veía, pero estaba en todas partes, sobre todo en Thunder Bay: en las fotos que su madre tenía expuestas en casa, en el olor que se colaba de su antigua habitación y perfumaba el pasillo...

Quizá sí que había venido.

—Rika.

Pestañeé y, al mirar a mi izquierda, vi a Trevor.

Decidido, con su pelo rubio recién cortado prácticamente al uno y esos impacientes ojos azules, se abrió paso entre la multitud.

—Hola, cariño. Ya pensaba que no vendrías —dijo acercándose a mí.

Me obligué a sonreír a pesar de que se me acababa de encoger un poco el estómago.

«Doce horas.»

Se pegó a mí, me puso una mano en el lado derecho del cuello (nunca me tocaba el lado izquierdo) y me acarició la mejilla con el pulgar.

Giré la cara, incómoda.

—Trevor...

—Si no hubieses aparecido, no sé qué habría hecho —me cortó—. Igual te habría golpeado la ventana con piedras o cantado una serenata, o quizá te hubiese comprado flores, chuches, un coche nuevo...

—Ya tengo un coche nuevo.

—Me refiero a uno de los de verdad —sentenció sonriente.

Puse los ojos en blanco y me separé de él. Al menos ya volvía a hacer broma, aunque fuera solo para criticar mi Tesla recién estrenado. Según Trevor, los coches eléctricos no pueden considerarse coches de verdad; aunque si meterse con mi coche servía para que dejara de hacerme sentir como una mierda por todo lo demás, por mí, genial.

Trevor Crist y yo habíamos sido amigos desde la infancia; habíamos ido juntos al cole y siempre habíamos acabado haciéndolo todo a la par porque, para nuestros padres, era como si estuviéramos predestinados a acabar juntos. Y, al final, el año pasado, cedí.

Estuvimos saliendo casi todo el primer año de universidad. Fuimos a Brown los dos (o, mejor dicho, yo me inscribí a Brown y luego Trevor hizo lo mismo para estar cerca de mí), pero lo dejamos en mayo.

Bueno, le dejé yo en mayo.

La culpable de no quererlo era yo. La culpable de decidir que era mejor no alargarlo más en el tiempo: yo. ¿La culpable

de haber pedido un cambio de uni para que no me siguiera a otra ciudad? Yo. La culpable de que Trevor acabara acatando las órdenes de su padre para hacer lo mismo, cambiarse de uni e ir a Annapolis: también yo. Y la culpable de los líos familiares (tanto en su casa como en la mía): yo otra vez.

Necesitaba espacio para mí y la culpable volvía a ser yo.

Exhalé y me obligué a relajarme un poco. Solo quedaban doce horas.

Trevor me sonrió con una mirada ardiente, me agarró de la mano y me guio hasta el solárium de nuevo. Una vez dentro, me agarró por la cintura, me atrajo hacia sí y me susurró al oído:

—Estás guapísima.

Me separé para dejar que pasara el aire entre los dos y respondí:

—Tú también estás muy guapo.

Era una copia de su padre: pelo rubio, mentón prominente y una sonrisa que podría derretir a cualquiera. Además, vestía igual que el señor Crist, y estaba muy elegante con ese traje azul oscuro, casi negro, esa camisa blanca y la corbata plateada. Impecable. Perfecto. Trevor lo hacía todo al pie de la letra, no se desviaba ni un poquito.

—No quiero que te vayas a Meridian City —confesó mirándome con los ojos entrecerrados—. No tienes a nadie allí. Al menos en Brown estabas conmigo, y tenías a Noah relativamente cerca, en Boston, a menos de una hora. Tus amigos estaban cerca de ti.

«Exacto. Estaban cerca.»

Precisamente por eso necesitaba el cambio. Siempre había crecido rodeada de gente a la que conocía, lo cual me ofrecía cierta seguridad. Siempre había alguien allí, dispuesto a ayudarme a levantarme si me caía, ya fueran mis padres, Trevor, alguna amiga o Noah. E, incluso cuando empecé la

uni lejos de casa y salí de mi zona de confort, sin tener a mi madre ni a los Crist cerca para cuidar de mí, Trevor me siguió. Y algunas de mis amistades del instituto entraron en universidades que quedaban bastante cerca de Brown. Era como si todo siguiera igual.

Quería liarla un poco. Quería experimentar más, descubrir algo que me hiciera volver a sentirme viva de verdad. Y, sobre todo, quería saber cómo era eso de vivir sola, sin tener a alguien a tu lado constantemente.

Había intentado explicárselo, pero nunca encontraba las palabras adecuadas. Cuando trataba de decirlo en voz alta, me daba la sensación de que estaba siendo egoísta y desagrada-
decida, pero en el fondo...

Necesitaba saber cómo era yo realmente. Necesitaba saber si me podía bastar por mí misma, sin ampararme en mi apellido, sin contar siempre con el apoyo de los demás y sin que Trevor me vigilase en todo momento. Si me iba a otra ciudad y conocía a gente que no tenía ni idea de quién era mi familia, ¿les caería bien?, ¿se divertirían conmigo?

No era feliz en Brown. Ni tampoco con Trevor. Y, a pesar de que a mis familiares y amigos les decepcionara la decisión que había tomado de irme a otra ciudad y les costara aceptarlo, yo solo quería eso.

«Ve con la cabeza bien alta y sé tú misma.»

Al acordarme de las palabras del hermano de Trevor, se me aceleró sutilmente el corazón. La espera se me estaba haciendo eterna. Solo doce horas más...

—Aunque tampoco es del todo así, ¿a que no? —me preguntó con un tono de voz más bien acusatorio—. Michael juega con los Storm; ahora vas a estar más cerca de él.

Entrecerré los ojos, cogí aire profundamente y dejé el vaso.

—Teniendo en cuenta que en esa ciudad viven más de

dos millones de personas, dudo que me lo cruce a menudo por la calle.

—Siempre y cuando no vayas a buscarlo.

Me crucé de brazos y le aguanté la mirada. No quería entrar en esta discusión.

Michael Crist: el hermano de Trevor. Algo mayor que él, un poco más alto y muchísimo más intimidante. No se parecían en casi nada y, además, se odiaban mutuamente. Trevor siempre había tenido unos celos enfermizos hacia su hermano.

Michael acababa de graduarse en la Universidad de Westgate y la NBA no había tardado nada en ficharlo. Jugaba con los Meridian City Storm, uno de los mejores equipos de la liga. Vale, muy bien: conocía a una persona que vivía allí.

Aunque no me iba a servir de mucho... Michael casi nunca me miraba y, en las raras ocasiones en las que habíamos hablado, lo hacía como quien se dirige a un perro. No tenía intención alguna de ir buscándolo por ahí.

Qué va. Ya había aprendido la lección hacía tiempo.

Además, la decisión de irme a Meridian City nada tenía que ver con Michael. Me había parecido una buena opción porque quedaba cerca de casa, con lo cual podría visitar a mi madre más a menudo. Aunque también es cierto que sabía que era el único lugar en el que Trevor no pondría un pie porque, si algo odiaba más que las grandes ciudades, era a su propio hermano.

—Lo siento —se disculpó con un poco más de tacto, agarrándome de la mano, atrayéndome hacia sí y acariciándome el cuello otra vez—. Es que te quiero muchísimo y no me gusta nada que estemos así. Estamos destinados a estar juntos, Rika. Estamos hechos el uno para el otro.

¿El uno para el otro? No.

Con Trevor, el corazón no amenazaba con salirme desbo-

cado. No soñaba con él y tampoco era la primera persona en la que pensaba al despertarme.

No lo tenía metido en la sesera constantemente.

Me acomodé el pelo detrás de la oreja y él bajó la mirada hacia mi cuello antes de desviarla rápidamente, como si no se hubiera ni fijado. La cicatriz. Esa que supongo que me hacía menos perfecta.

—Venga ya... —insistió descansando la frente en la mía y agarrándome de la cintura—. Me porto bien contigo, ¿o no? Soy amable y puedes confiar en mí para lo que sea.

—Trevor... —lo contrarié intentando soltarme.

Me acalló con un beso. Se había perfumado muchísimo.

Le apoyé los puños en el pecho y traté de alejarlo a la vez que apartaba la boca de la suya.

—Trevor —me quejé seria—. Para.

—Conmigo no te falta de nada —contraargumentó molesto, besándome el cuello—. Sabes que acabaremos estando juntos.

—¡Trevor! —grité enfadada empujándolo hasta que conseguí separarme de él.

Bajó los brazos y trastabilló un poco hacia atrás. Yo me alejé inmediatamente, temblando.

—Rika... —Hizo ademán de agarrarme, pero me enderecé y retrocedí un paso más.

Él volvió a bajar el brazo y sacudió la cabeza.

—Vale —soltó con desdén—. Pues vete a estudiar allí, conoce a gente nueva y déjalo todo atrás, pero que te quede clara una cosa: tus fantasmas te perseguirán toda la vida; es imposible librarse de ellos.

Se pasó la mano por el pelo, me miró y se colocó bien la corbata. Luego salió fuera de nuevo.

Lo vi alejarse por las ventanas. Cada vez estaba más cabreada. ¿Qué narices había querido decir con eso? No había

nada que me atase a este lugar y tampoco estaba intentando librarme de nadie. Solo ansiaba un poco más de libertad.

Me alejé un poco de la puerta. No podía volver al jardín. No quería escabullirme de la fiesta que la señora Crist había organizado para su hijo y decepcionarla, pero tampoco me apetecía pasar ni un minuto más aquí dentro. Quería ir con mamá.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme, pero al levantar la vista me detuve de inmediato.

Me dio un vuelco el estómago y se me cortó la respiración.
«Mierda.»

Michael estaba sentado en una de las butacas acolchadas que había al fondo del solárium. Tenía la vista puesta en mí y me aguantaba la mirada con un aire espeluznantemente tranquilo.

Michael. El que no era majo. El que no se portaba bien conmigo.

Sentí que se me cerraba la garganta e intenté tragar saliva, pero no podía ni moverme. Me quedé mirándolo, paralizada. ¿Estaría ya aquí cuando había bajado de cambiarme? ¿Llevaría aquí desde que había llegado?

Se recostó. Entre lo oscuro que estaba todo y la sombra de los árboles, casi ni se le veía. Tenía una mano apoyada en la pelota de baloncesto que descansaba en su regazo y, la otra, colgando del reposabrazos de la butaca, con un botellín de cerveza entre los dedos.

El corazón me empezó a latir con tanta fuerza que incluso me dolía. ¿Qué hacía Michael aquí?

Se llevó la cerveza a la boca sin quitarme los ojos de encima y yo bajé los míos un segundo. Estaba un poco avergonzada y me sonrojé.

Michael acababa de presenciar todo ese numerito con Trevor. Joder...

Volví a levantar la vista. Llevaba el pelo castaño peinado de una forma que parecía que lo hubieran sacado de la portada de una revista. Me atravesó con los ojos, esos que, como siempre, recordaban a la sidra con motas de especias; sin embargo, entre tanta sombra y bajo esas cejas rectas y entradas, parecían todavía más oscuros que de normal. Esa mirada hacía justicia a lo formidable que era Michael. Con esos labios tan tensos que no parecían sonreír nunca y ese cuerpo tan alto y cuadrado que casi llenaba la silla entera.

Iba vestido con un traje negro y una camisa blanca con el cuello desabrochado y sin corbata porque, para variar, Michael hacía lo que se le antojaba.

Y eso lo sabía ya todo el mundo. Michael aparecía de repente, sin más. Con esos aires tan suyos. Creo que ni siquiera sus padres sabían lo que escondían sus ojos.

Se levantó, dejó el balón en la silla sin apartarme la mirada y echó a andar hacia mí.

Cuanto más se acercaba, más alto parecía, y eso que medía metro noventa y cinco. Era esbelto y musculado, y me hacía sentir pequeña en más de un aspecto. Me dio la sensación de que iba directo hacia mí y el corazón me empezó a latir con muchísima fuerza. Entorné los ojos y me preparé.

Pero no se detuvo.

Al pasar por mi lado, olí su champú. Volví la cabeza y me dolió verlo salir del solárium sin mediar palabra.

Me mordí los labios en un intento por esconder el enfado.

Una noche se fijó en mí. Una noche, hace tres años, Michael vio algo en mí que le gustó. Y justo cuando la llama estaba a punto de prenderse, lista para brillar y arder vigorosamente, se apagó. Concentró toda su energía y su calor y se extinguió.

Crucé la casa disparada hasta llegar al recibidor. Salí fuera, frustrada e iracunda.

A excepción de esa noche, Michael me había ignorado casi siempre y, si alguna vez me había dirigido la palabra, había sido más bien a base de monosílabos.

Tragué saliva y subí al coche. Ojalá no lo viera nunca en Meridian City. Ojalá no me lo cruzara nunca ni tuviera que oír su nombre nunca más.

¿Sabía ya que me mudaba allí? Bueno, daba igual que lo supiera o no. Para él, era como si yo viviera en otro planeta incluso cuando estábamos bajo el mismo techo.

Al poner la llave de contacto empezó a sonar *37 Stitches*, de Drowning Pool. Arranqué y abrí la puerta con el mando. Aceleré por la calzada en dirección a mi casa, que estaba a pocos minutos de aquí; me sabía el camino de memoria, era una ruta fácil.

Me obligué a respirar profundamente en un intento por tranquilizarme. Solo doce horas. Mañana dejaría todo esto atrás.

Me alejé de las altas paredes de piedra de la finca de los Crist y me adentré en una carretera rodeada de árboles. No tardé ni un minuto en ver las farolas de gas de mi casa, que resplandecían en medio de la oscuridad. Giré a la izquierda y pulsé un botón de la visera parasol del Tesla para entrar. Las farolas iluminaban tenuemente la entrada circular de mi casa, en el centro de la cual predominaba una gran fuente de mármol.

Aparqué justo delante de la puerta principal y bajé corriendo del coche. Solo quería acurrucarme en la cama y no despertarme hasta mañana.

Pero entonces levanté la vista, la aparté un segundo y la volví a levantar. Había una vela encendida en mi habitación.

¿Y eso?

Había salido de casa poco antes de mediodía y estaba segurísima de que no había dejado ninguna vela encendida. Era de color marfil y estaba en un portavelas de cristal.

Entré en casa.

—¿Mamá? —la llamé.

Me había mandado un mensaje hacía un rato para decirme que se iba a la cama, lo cual tampoco era tan extraño porque le costaba conciliar el sueño. Quizá seguía despierta.

Enseguida olí las lilas. Mamá tenía flores por toda la casa. Eché una ojeada al amplio recibidor de mármol blanco que, con la luz apagada, parecía más bien grisáceo.

Me apoyé en la barandilla de la escalera y miré hacia arriba. Escuché atentamente, pero no oí nada en los tres pisos superiores; reinaba un silencio sepulcral.

—¿Mamá? —insistí.

Subí decidida al segundo piso y giré a la izquierda. El suelo de madera estaba cubierto por alfombras de color azul y marfil que amortiguaron automáticamente el ruido de mis pasos.

Abrí la puerta de la habitación de mi madre con cuidado y me asomé. Estaba a oscuras, excepto por la luz del baño, que mamá siempre dejaba encendida. Me acerqué a la cama y estiré el cuello para intentar verle la cara. Estaba acostada mirando hacia las ventanas; su rubia cabellera abrazaba la almohada y le aparté el pelo de la cara con delicadeza.

Estaba dormida. Tenía media docena de botes de pastillas en la mesita de noche y no pude sino preguntarme cuál se habría tomado y qué dosis.

Volví a mirarla y fruncí el ceño.

Médicos, rehabilitación en casa, terapia... Lo había intentado todo, pero desde la muerte de mi padre hacía unos años, mamá no había logrado salir de este estado melancólico y depresivo que se la comía por dentro.

Por suerte, los Crist habían sido de gran ayuda. En realidad, por eso tenía una habitación en su casa. El señor Crist era el administrador de la finca de mi padre y estaba al cargo

de todo hasta que yo terminara la universidad y, la señora Crist, por su parte, se había convertido en una segunda madre para mí.

Siempre me había sentido muy agradecida por su atención, pero ahora... Ahora ya podía ocuparme yo de todo. Estaba lista para que la gente dejara de cuidarme como si fuera una cría.

Me di la vuelta y salí sigilosamente de la habitación. Cerré la puerta y me dirigí a mi cuarto: la tercera puerta del pasillo.

Cuando entré, enseguida vi que la vela seguía encendida justo al lado de la ventana.

Se me paró un segundo el corazón. Miré a mi alrededor pero, por suerte, no vi a nadie.

Igual la había encendido mamá. Sí, seguro que había sido ella. Nuestra ama de llaves tenía el día libre y nadie más había entrado en casa.

Entrecerré los ojos y me acerqué a la ventana. Al hacerlo, bajé la vista y vi que, en la mesita redonda, al lado de la vela, había una cajita de madera.

De repente me sentí un poco incómoda. ¿Y si era un regalo de Trevor?

Aunque quizá fuera un regalo de mi madre o de la señora Crist.

Levanté la tapa de la caja y la dejé a un lado. Quité un poco del relleno de paja y vislumbré algo metálico de color gris pizarra con algunos adornos tallados en la misma pieza.

Abrí los ojos como platos y metí la mano en la caja, ilusionada. Ya sabía qué era. Agarré el mango con firmeza, sonreí y saqué una daga de acero de Damasco.

—Guau...

Sacudí la cabeza. No me lo podía creer. Tenía una empuñadura negra con una cruceta de bronce. La sujeté con fuerza

y saqué la daga de la caja para estudiar cuidadosamente cada detalle.

¿De dónde narices había salido esto?

Empecé a practicar esgrima con ocho años y, desde entonces, mi admiración por las dagas y las espadas no había hecho más que crecer. Según mi padre, las artes de caballero no solo eran atemporales sino que, además, eran necesarias. Con el ajedrez se aprendía estrategia; con la esgrima, naturaleza humana y supervivencia, y, con el baile, una descubría su propio cuerpo: todas ellas habilidades esenciales para ser una persona hecha y derecha.

Al notar la empuñadura en la mano me acordé de la primera vez que papá me puso un florete en la mano. Esta daga era lo más bonito que había visto en toda mi vida. Me acaricié la cicatriz con un dedo y, de golpe, volví a sentirme más cerca de él.

¿Quién había dejado esto aquí?

Desvié la mirada de nuevo hacia la caja y vi que había una nota de papel. La cogí, me lamí los labios y leí, para mis adentros, el mensaje que estaba escrito en boli negro:

Cuidado con la furia de un hombre paciente.

—¿Qué...? —me pregunté a mí misma, confundida y frunciendo el ceño.

¿Qué significaba eso?

Levanté la vista y tanto la daga como la nota cayeron al suelo.

Me quedé sin aliento y me dio la sensación de que el corazón se me fuera a salir de sitio.

Había tres hombres fuera de mi casa, uno al lado del otro, y me miraban fijamente.

—¿Qué narices es esto? —solté intentando descifrar lo que estaba pasando.

¿Qué tipo de broma era esa?

Sus caras no dejaban entrever expresión alguna y su mirada me puso los pelos de punta.

¿Qué hacían aquí?

Iban todos en vaqueros y botas militares negras. Los miré fijamente a los ojos, que eran dos agujeros negros, y, en un intento por no temblar, apreté los dientes.

Las máscaras. Llevaban sudaderas negras y máscaras.

Sacudí la cabeza. No. No podían ser ellos. Eso tenía que ser una broma.

El de la izquierda era el más alto de todos y llevaba una máscara que parecía metálica, de color gris pizarra, y un poco deformada a la derecha con lo que parecían los arañazos de unas garras. El del medio era un poco más bajito y me miraba a través de una máscara blanca y negra y con una raya roja que atravesaba el lado izquierdo (también rasgado y agujereado) de arriba abajo. El de la derecha iba con una máscara completamente negra que apenas se distinguía de la capucha, de modo que casi ni se apreciaba dónde tenía los ojos; al verlo ahí me dio un vuelco el corazón.

Retrocedí unos cuantos pasos para alejarme de la ventana. Fui a por el móvil e intenté recobrar el aliento. Marqué el número uno y esperé a que respondieran los de seguridad, que estaban a solo unos minutos de aquí.

—¿Señorita Fane? —contestó una voz masculina.

—¿Señor Ferguson? —exhalé acercándome poco a poco a la ventana—. Soy Rika. ¿Podría enviar un coche para que...?

No terminé la frase. Ya no había nadie en la calzada. Se habían ido.

Pero ¿cómo?

Miré a izquierda y a derecha. Me acerqué aún más a la mesa y me asomé un poco para ver si es que estaban más cerca de casa y no podía verlos. ¿Dónde se habían metido?

Permanecí en silencio, atenta por si oía a alguien afuera, pero no oí nada.

—¿Señorita Fane? —me llamó el señor Ferguson—. ¿Sigue ahí?

—Esto... Yo... P-pensaba que había visto algo... fuera —tartamudeé.

—Ahora le mandamos un coche.

Asentí.

—Gracias. —Colgué y continué mirando por la ventana. No podían ser ellos.

Pero esas máscaras... Solo ellos llevaban ese tipo de máscaras.

¿Qué hacían aquí? ¿Qué hacían aquí tres años después?